

Querida Yolanda:

Estoy deseoso de verte. Nuestro hijo y yo te esperamos en la quinta de la doctora Borel. Te abrazan tu Mario y tu... Carlos.

Al terminar le dió esta esquila a Carmen, diciéndole:

—Cuando regrese Yolanda, le ruego tener la bondad de entregarle esto.

—Con mucho gusto. ¡Ella va a estar contentísima! —auguró Carmen tomando la esquila.

—Ojalá que se alegre.

—¡Yolanda va a estar feliz! —exclamó Hilda.

—¿Lo cree usted así, señorita?

—Estoy segurísima, doctor. Sólo nos habla de usted y no hay nadie más en la vida para ella que usted y su hijo.

—¡Yo voy a estar más feliz que ella! —musitó Carlos.

—Esa mujer sólo en usted piensa y fielmente le ha aguardado tantos años —afirmó Carmen.

Carlos se quedó en silencio. Después de varios minutos se levantó:

—Les agradezco mucho sus buenas noticias, y espero sus órdenes en la quinta de la doctora Borel.

—¡Ah, es muy cerca!

—Sí, muy cerca —repitió Carlos.— Mi hijo se puede ir conmigo, ¿verdad? —preguntó luego tomando a Mario de una mano.

—¡Naturalmente que se lo puede llevar, doctor!

—Mario, y si viene tu mamá, ¿qué le vamos a decir? —preguntaron las dos señoritas casi a la vez.

—Díganle a mamá que me fuí con el doctor del Hospicio.

—¡Con el doctor del Hospicio! —repitió el doctor del Río pausadamente, sintiendo gran tristeza porque su hijo hubiera sido un “huerfanito” por falta de él.

—A Yolanda le vamos a decir que ibas muy contento —le dijo Hilda a Mario, al mismo tiempo que le componía el peinado

—¿Ustedes creen que Yolanda regresará pronto? —preguntó Carlos.

Carmen se apresuró a contestar:

—Mañana mismo le voy a escribir a casa de mis tías, diciéndole que usted está aquí para que se venga pasado mañana.

—¿Ella se hospeda en casa de sus tías cuando va a Buenos Aires?

—Sí, doctor. En casa de nuestras tías —contestaron ellas.

Carlos habló después de un silencio:

—Bueno, señoritas. Tengo mucho gusto de haberlas conocido. Me voy con la ilusión que Yolanda vendrá pasado mañana.

—Nosotros creemos que vendrá pasado mañana —agregó Hilda después del saludo de despedida.

—¡Ojalá! ¡Adiós, señoritas, y muchas gracias! —repitió Carlos cuando ya se iba.

—Adiós, doctor.

—Adiós —les decía Mario, mientras Hilda y Carmen viéndolo alejarse le contestaban:

—¡Adiós, Marito! ¡Adiós!

Y él volvía su mirada, y reía...

Hilda y Carmen permanecieron en silencio mirando al doctor del Río que se alejaba con su hijo. Cuando éstos habían caminado bastante, Hilda le dijo a su hermana:

—¡Qué feliz va a estar Yolanda cuando sepa que su Carlos vino a buscarla! ¡Estoy segura de que va a estar muy feliz! Debe ser muy hermoso amarse como ellos, y encontrarse al cabo de tantos años de ausencia.

—Sí, ¡debe ser muy hermoso!

—Hay razón de que Yolanda quiera a ese Carlos; es

un hombre muy guapo y se nota que es muy bueno. ¡Imagínate que ya conocía a Mario!

—¡Qué casualidades las de la vida! —comentó Carmen.

—¡Se me ocurre una cosa! —exclamó Hilda riendo.

—¿Qué?

—Que Yolanda regresará mañana, aunque se haya ido hoy. Lo más seguro es que al no encontrar al doctor del Río en Buenos Aires, va a regresar mañana.

—Sí, ¡ahora mismo le voy a poner un telegrama avisándole que él está aquí! Mañana vendrá Yolanda. Mañana iremos a la estación a encontrarla. Estoy segura de que se vendrá al recibir el telegrama.

Ambas estaban contentísimas. Era el mismo cariño que sentían por su amiga el que las hacía regocijarse tanto.

* *

Ya bastante lejos de la casa de la familia Estrada, Carlos le preguntó a Mario:

—¿Ya estás bien del brazo, hijito?

—Sí, doctor; ya estoy bien.

—¿Pero por qué me dices doctor? Yo quiero que me digas papá, ¿verdad que me vas a decir papá?

—Sí, doctor —contestó Mario sonriendo.

—¡Yo soy tu papá!

—¡Yo no lo sabía! ¿Por qué no me lo dijo en el Hospicio?

—Porque yo tampoco lo sabía.

—Mamá me contó que mi papá había llegado a Buenos Aires, y que yo lo iba a conocer muy pronto.

—¡Yo soy tu papá! ¿Cómo te dijo Yolanda que se llama tu papá?

—Ella me dijo que se llama Carlos.

—¡Yo soy tu papá! Me llamo Carlos.

—¿Entonces usted conoce a mi mamá?

—¡Claro que sí, y la quiero desde hace mucho tiempo!

—Cuando venga mamacita le voy a contar que usted dice que es mi papá.

—Sí, cuéntale cuando venga.

—Y el otro doctor, ¿no vino?

—No, no vino. Se quedó en Buenos Aires.

—¿Curando en el Hospicio?

—Sí, curando en el Hospicio. ¿Y tú estabas contento donde la familia Estrada?

—Sí, porque las señoritas Hilda y Carmen jugaban conmigo y me hacían regalos, y me habían dicho que nos iban a llevar a mi mamá y a mí a vivir con ellas a su casa en Buenos Aires.

—Ahora cuando venga tu mamá nos vamos a ir los tres a mi casa en Buenos Aires, y seremos muy felices. Te voy a comprar muchos juguetes, un violincito y todo lo que tú quieras.— Y así hablando y tomados de la mano, atravesaron todo el pueblo.

Más tarde, y cuando ambos estuvieron en la quinta de la doctora Borel, Carlos le dió varios juguetes. Luego, le comenzó a contar de su romance. Le mostraba retratos de cuando Yolanda era colegiala y algunos otros que había tomado en México.

—¡Mira qué bonita está aquí tu mamá! ¡La ves cerca de mí? —le preguntó enseñándole uno que les había sido tomado a los dos juntos.

—Sí. Y esa casa que está aquí, ¿de quién es? —preguntó el niño señalando en el retrato el palacio de don Guillermo.

—Esta es la casa de tu abuelito, en México.

—¿De mi abuelito Guillermo?

—Sí, de tu abuelito Guillermo. ¿Y estas personas quiénes son? —le preguntó el doctor dándole otro retrato donde estaba él con Yolanda.

—Este es usted —le contestó el niño.

—Sí. ¿Y quién está a la par mía?

—Esta es mamá.

—Sí, ¡es ella! ¡Nunca nos separábamos! ¡Nos queríamos mucho!

—Entonces, ¿hace mucho tiempo que usted conoció a mamá?

—Sí, hace mucho tiempo.

—¿Estaba yo muy chiquillo cuando usted la conoció?

—Sí. Estabas muy pequeñito —contestó Carlos sonriendo.

—¿Y por qué no volvió usted donde ella?

—Hijo mío: el destino tiene tantas cosas amargas que no hay que recordarlas. Una equivocación hizo que me alejara de ella queriéndola tanto: ¡Ah, mi Yolanda! ¡Cuánto habrá sufrido! Y tú, mi hijito, ¡cuánto habrás padecido también! ¡Pero de hoy en adelante, ya no sufriremos más!

Por la noche, cuando el verdor de los campos se había hecho negro con la fuga de la tarde, ya estaba lista una camita para Mario y una aya para que cuidara de él. Estrenaba un vestido de los que le habían traído de Buenos Aires, y encantado jugaba con los juguetes.

Cuando fué hora de que se acostara, Carlos lo llevó a su camita y se deleitó oyéndolo contar cosas del Hospicio: que el doctor Mancilla curó una vez a Juan el huerfanito; que la monja tal, una vez que Ernesto no quería rezar lo regañó, etc., etc.; luego le preguntó a su padre por las cosas de los Estados Unidos, pues era de lo que había oído hablar más a su madre, y Carlos le daba explicaciones, y le contó cuentos para dormirlo.

Al día siguiente, a las doce estaban almorzando.

—¿Cuántos días faltan para que venga mamá? —preguntó el niño después de tomar una cucharada de sopa.

—Las señoritas Estrada dijeron que mañana vendrá
—contestó Carlos sirviéndole a la vez un vaso de leche.

—¿Mañana vendrá?

—Mañana o tal vez pasado mañana.

—Yo quiero que venga pronto para enseñarle los regalos que usted me trajo. ¿Vamos mañana a la estación a encontrar a mamá?

—Sí, vamos a ir mañana a la una y media a la estación del ferrocarril y si no, a la casa de la familia Estrada. Tal vez a esa hora habrá venido, y entonces la traeremos para acá.

—¿Para que viva en esta casa?

—Sí, sí; aquí vivirá contigo y conmigo.

Uno de los sirvientes de la doctora Borel que atendía en el comedor, estaba solícito a servir lo mejor posible.

Cuando Mario terminaba y después de pasarse la servilleta por los labios, le preguntó a Carlos, en quien él no miraba todavía a su padre, sino al médico amigo:

—Doctor, ¿dónde conoció usted a mamá?

—La conocí en un colegio.

—¿En el colegio de Buenos Aires?

—No; en los Estados Unidos.

—¿Con razón ella me decía que mi papá vivía en los Estados Unidos!

—¿Y qué más te decía? —interrumpió Carlos sonriendo y dejando de trincar unas verduras.

—Me decía que era muy bueno, y que yo debía quererlo mucho.

—¿Y me quieres?

—Sí, doctor; lo quiero, porque usted ha sido muy bueno conmigo.

—Yo también te quiero mucho —confesó su padre ayudándole a partir un trozo de pan.

—¡Yo no sabía que usted era mi papá!

—Bueno, pues ya lo sabes —le repitió el doctor del Río cariñosamente.

—¿Y sabe usted tocar violín?

—Sí, hijito. Sí sé.

—¡Entonces usted es mi papá de verdad, porque mamá le contó a Carmen que mi papá tocaba violín!

El galeno sonriendo por esa lógica tan pueril, le afirmó:

—Sí, ¡yo soy tu papá! —y siguieron hablando. Poco después concluían de almorzar.

—Yo quiero oír en la victrola un disco que usted puso a la hora del desayuno. ¿Lo voy a poner? —preguntó Mario, para que a la vez se le permitiera levantarse

—Sí, hijo. Anda y lo pones.

Mario fué a la sala. Carlos dejó también el comedor, encendió un cigarrillo, salió al jardín y allí le rogó a un criado que pusiera en la victrola “Aires Gitanos” de Sarasate para que lo oyera su hijo que se fué a colocar cerca del aparato.

Mario a los pocos minutos llegó al jardín donde su padre observaba unas flores y ambos salieron a dar un paseo.

Cuando tenían más de media hora de andar por los alrededores, era la una y media de la tarde. Faltaba aproximadamente una hora para que llegara el tren de Buenos Aires, pero eso no le interesaba al doctor del Río, puesto que él no esperaba a Yolanda ese día. Creyó que ella no regresaría de la capital sino hasta el día siguiente. Con esa idea, y cuando se acercaron de nuevo a la quinta, le dijo a su “amigo Mario”:

—Mañana a esta misma hora, estaremos en la estación esperando a Yolanda.

—¿Y mamá se va a venir para esta casa?

—Sí. Yo me la voy a traer y vamos a vivir muy felices los tres.

—¿Y no vamos a volver adonde la familia Estrada?

—Sí, vamos a ir de vez en cuando a visitarla —dijo, y en ese momento llegaban bajo una de las palmeras de la callecita, en donde siguieron conversando.

Después entraron a la casa. Mario y un sirviente fueron a la sala a poner otros discos. Carlos se sentó en un diván y comenzó a hojear uno de los libros y a la vez estaba pensando que como Yolanda no vendría, iba a mandar donde la familia Estrada para pedirle la dirección de la casa donde se hospedaba en Buenos Aires para dirigirle un telegrama; entonces, se iría con su hijo para la capital y así ella lo esperaría allá. Y sonrió nerviosamente, imaginándose cuando llegara a su casa de la Avenida de Mayo y se encontrara con la compañera ideal que le estaba esperando.

Mandó un sirviente con una pequeña esquila donde la familia Estrada, rogándole que le dieran la dirección de Yolanda en Buenos Aires. Después, pasó a descansar al dormitorio.

* *

En ese momento llegó el tren a la estación, pero él no se dió cuenta porque la victrola estaba tocando el disco: "Rapsodia Húngara número Dos", de Listz.

Minutos después, con la música del reverso del disco tampoco oyó el rodar de un automóvil en la calle, en el que Yolanda llegaba acompañada de Hilda y de Carmen. El día anterior le habían telegrafiado dándole la buena nueva; por eso fueron a encontrarla a la estación, y en el trayecto hasta allí, le contaron cómo fué que Carlos encontró a Mario y todas las frases amorosas que tuvo para ella y para su hijo.

Yolanda, que únicamente había regresado ese día por-

que supo que él estaba en Lezama, oía el relato en silencio. Ella misma fué la que insinuó que el carro se detuviera frente a la callecita de la quinta.

—¡Imagínate que nos afirmó, que sólo por buscarte ha venido a Lezama! —le contó Hilda que se había sentado junto a ella en el asiento posterior del carro.

—El no sabe que tú has regresado! Ah! ¡Se me olvidaba! Toma, —agregó Carmen dando la esquila que Carlos le recomendó que le diera.

Yolanda la tomó, y comenzó a leer nerviosa y entrecortadamente.

—¡Mira, Yolanda! ¡Si te parece nos vamos a nuestra casa y le mandas a avisar que has llegado!

—Gracias, Hilda. Pero, ya que estoy tan cerca, necesito verlo, y él me dice que me espera con mi hijo, —contestó como abstraída, sintiendo el peso de una emoción querida.

—¿Te acuerdas que una vez te dije que él te buscaría? —le preguntó Carmen que no cesaba de verla.

—¡Dios ha sido tan bueno, que hizo que tus palabras se hicieran realidad!

—¡Vamos Yolanda! ¡No estés nerviosa! ¡No estés nerviosa!

Yolanda comenzó a hacerse un pequeño arreglo en la cara.

—¡No estés nerviosa! ¡Debías estar feliz, porque él te quiere mucho!, —le decía Carmen cuando miraba que el lápiz de labios le temblaba entre sus manos.

—¡Qué dichosa sería yo si tuviera la suerte que tú tienes!

Yolanda sonrió y corroboró las palabras de su amiga:

—Realmente, ¡soy dichosa! ¡Nunca creí que lo fuera tanto!

Descendió del carro. No parecía nerviosa y preocu-

pada. Se despidió de Hilda y de Carmen, quienes después de desearle felicidades, siguieron el camino hasta su casa, muy contentas, pues la alegría de Yolanda era de ellas también.

Ya sola llegó a la entrada de la callecita, en cuyo fondo se miraba la casa en donde ya sabía que la esperaban. Avanzó poco a poco; parecía una Gioconda preocupada y triunfante. El alma del amor iba riendo a su lado. Las palmeras de la callecita parecían darle la bienvenida, y sintió que la vida le quitaba la bruma de su desconsuelo y dejaba escueta la gama divina donde estaba impreso su amor de esperanza. El dolor y la melancolía se iban apartando de ella y la dejaban que avanzara sola, en busca de sus dos amores.

Llegó frente a la casa. Allí, se detuvo oyendo la música del disco. ¡Cuánta lentitud tenían los minutos que faltaban para que se realizara el mundo que habían construido sus esperanzas! Miraba ansiosamente hacia adentro de la casa, donde iban a terminar todos los caminos del cansancio, y donde iba a florecer la alegría. Se sintió feliz, pero sin valor de llamar a la puerta. Entre sus manos temblaba la esquila que le entregó Carmen, y que había leído muchas veces.

El final de la espera se acercaba. Ya no habría más distancia que la separara del ser amado.

¡Benditos los lazos de amor que unen las almas!

¡Bendito el sortilegio que quita la tristeza!

Cuando en la sala terminó el disco, Mario lo puso de nuevo y se fué a jugar mientras Carlos distraídamente oía desde su cuarto.

Mario, al salir de la casa vió a Yolanda y corrió hacia ella, y se abrazaron.

—¿Con quién viniste? —le preguntó ella rebosante de felicidad y después que lo besó mucho.

—Vine con el doctor del Hospicio. ¡Allí está leyendo!

—Sí. ¡Qué feliz debes estar! ¡Yo también estoy muy feliz!

El niño la tomó de la mano y halándola hacia la casa le decía:

—Mamacita. ¡Vamos donde él! Dice que es mi papá y que la quiere mucho. Dice que la conoce; tiene su retrato, y me dijo que ha venido sólo a buscarnos. ¡Sí, sí, mamacita, vamos donde él!

Y aquella mujer al oír de su hijo palabras tan dulces, sintió vivir su pasado y recibió la modulación de las frases que Carlos le repetía antes:

—“Yolanda”: Tú eres mi vida” “Yo no puedo vivir sin tí”. “No me va a alcanzar la vida para quererte” “Hoy es el funeral de mis tristezas”! “Te quiero tanto que no ha quedado amor para ninguna otra mujer, porque tú serás el amor de toda mi vida”.

Con los efluvios de ese eco del pasado palidecía de emoción y su nostalgia se disipaba. Por su imaginación flotaban confusas muchas ideas y creyó haber hecho mal en ir a buscarlo. Por momentos se sentía cobarde para encontrarse, después de tanto tiempo de incesante espera, con aquel hombre que amaba tanto. Pero su deseo de verlo era mayor a cualquier murmuración.

—¡Vamos, mamacita! ¡Vamos! —seguía repitiendo el niño, y ella se dejaba llevar, acercándose cada vez más a la casa.

En la sala la música del disco terminaba. Automáticamente se había detenido en su final.

El sirviente entró al cuarto; Carlos, al verle llegar solo, le preguntó después de cerrar el libro que leía:

—¿Dónde está el niño?

—Allí al frente, con una mujer muy bonita. —le contestó respetuosamente.

Carlos, presintiendo que se trataba de Yolanda, se levantó oyendo las voces del recuerdo murmurando con ansias: ¡Allí está tu Yolanda! ¡Allí está tu amor!

—¡Venga mamá! — repetía Mario halándola de la mano y llevándola hacia la puerta. —¡Doctor! ¡Doctor...! ¡Aquí está mamá Yolanda!, —gritaba muy contento el niño.

Carlos, oyendo aquel llamado, se detuvo al entrar a la sala. Sus manos temblaban y de su mente brotaron los recuerdos más dulces de aquella mujer. Por fin, avanzó. Al llegar al umbral, se encontró con ella. Quedaron mirándose mudos, extáticos; sublimemente mudos y extáticos, con la sublimidad elocuente que enmudece a dos almas gemelas frente a frente. Dos suspiros rasgaron el silencio.

—¡Yolanda mía! —exclamó Carlos abriendo sus brazos.

—¡Carlos...! —exclamó Yolanda precipitándose en ellos. Y se unieron en un beso largo, donde se dieron cita todos los recuerdos. Un beso que marchitaba las tristezas, que mataba las nostalgias.

En aquellos instantes de indecible felicidad parecía como si la vida se quedara en suspenso, respetando la emoción que embriagaba aquellos corazones. La Naturaleza callaba. Todo parecía sereno bajo el voluptuoso volar de una brisa perfumada y suave, en coqueteo sutil con las palmeras. En el ambiente, vibraba una sacra oración. La esperanza, tejiendo la gama de los sueños, en un vaivén alegre llegó diciendo: ¡Salve amor!

Y todas las ilusiones y los ensueños, llegaron recitando oraciones de consuelo: ¡Bendito Amor! ¡Divino Amor! ¡Amor, bendito seas!

Y ellos, aun abrazados, se estrecharon más, sintiendo como si todo lo bello invitara a querer más la vida.

—¡Feliz momento! —exclamaron a la vez, él, que

era su amor, su paz, su esperanza; y ella, su ilusión, su destino, su ley.

Y en la suave frescura de aquellos instantes había pasión y locura, porque ya no había más abismos, ni horizontes abandonados, ni quejas bañadas en lágrimas. Por eso crecían las fragancias de aquel supremo instante. En sus almas se había quedado esperando la felicidad para renacer llena de ansias supremas, de ansias misteriosas. Era un poema sin palabra que decía tantas cosas.

¡Divina ventura! ¡Divina marcha triunfal del amor!

Y se oyeron decir tres palabras, que eran el alfa y la omega de la distancia para ellos:

—¡San Francisco! ¡Lezama! —murmuró Carlos, y después añadió: —¡Nos hemos encontrado tan lejos de donde nos conocimos!

—Cerca de la pampa, —añadió ella sintiendo como si una ala de niebla le tapara los ojos con el ropaje de unas lágrimas.

—Sí. Muy cerca de la misma pampa que tú pintabas en aquella acuarela, pocos días después de haberte conocido en el Colegio Notre Dame. ¿Te acuerdas?

—Sí —afirmó suavemente ella, como si estuviera mirando el Colegio donde había nacido el amor de ellos.

La emoción poco a poco pasaba, y las palabras iban tomando estructura más concisa. Carlos habló después:

—Mi felicidad ha llegado contigo. ¡He deseado tanto encontrarte, que me parece un sueño que estés ya conmigo! ¡Te he buscado tanto... tanto!

—¿No has hecho feliz a otra mujer? —preguntó ella a media voz.

—¡Las mujeres...! Ensayé querer; pero en ninguna te encontraba a tí. ¡Sólo en tí misma te puedo encontrar! ¡Ninguna hubiera alcanzado a quitarme tu amor! ¡Ninguna me hubiera hecho feliz, más que tú!

Vino un silencio, y fueron muriendo las lágrimas

y los desconsuelos. ¡Qué felices minutos! ¡Cuánta ternura había en cada palabra, en cada segundo! ¡Cuántos años de espera para ser felices! ¡Cuánto dolor, para llegar al placer inmenso del encuentro, al regreso alegre del placer! Diríase que el día con todos sus reflejos había puesto su bonanza y su belleza para poetizar el retiro en que estaban sus almas, soñando con aquel presente que parecía fantasía.

Y vino el recuerdo de la noche de la despedida:

—¡Ah! ¡Cómo pasa el tiempo...! ¡Hace seis años que te ví la última vez en México!

—¡Seis años...! ¡Seis años que han sido llenos de recuerdos! —exclamó Carlos. Luego volvió a ver a Mario que miraba aquella escena; entrelazó una mano con la de su hijo, mientras abrazaba a aquella linda mujer que él quería tanto, y, así unidos los tres, caminaron hacia adentro. La salita perfumada esperaba también con la silueta de la alegría sonriendo en cada cortinaje, en cada rincón, y parecía invitar a reír como Garrik, el clown que reía llorando.

A los primeros pasos Yolanda tornó su mirada en derredor, y una vibración de hogar llegó a su ánimo, del dulce hogar del que tanto tiempo no sentía su calor.

Los minutos pasaban anunciando el advenimiento de mejores horas; la playa lejana de sus soledades se fué haciendo incierta, y las ilusiones que andaban errantes, detuvieron su paso.

¡Cómo les sería de magnífica la vida! ¡De magnífico el verano!

—¡Yo le pido a Dios en esta primera hora que estoy cerca de tí, que ya no nos separe más!

—¡Ya no nos separará más!, —recalcó Carlos, añadiendo un beso a aquella frase.

—¡Ah, la vida! ¡Cuánto dolor tiene! ¡Cuánto se sufre cuando se quiere como yo te quiero! Creí que exis-

tía el olvido, pero es mentira que existe, porque no he podido ni te podré olvidar nunca. Y tú, Carlos, ¿quisiste olvidarme alguna vez? —preguntó ella sintiendo en su interior una murmuración de lágrimas.

—¡No quería! —contestó él dándole una mirada de angustia a su pasado. —¡Tántas cosas me escribió tu madrastra después de que me doctoré, que sufrí mucho, mucho!

—Hace poco Margarita me escribió contándome de todas las calumnias que fuí víctima —dijo ella, y el invierno se presentó de nuevo en sus pestañas.

—¡No llores! —suplicó él—. Estoy convencido que tu madrastra se deleitaba calumniándote. Ahora lo que te pido es perdón por haberme creído, por haber dudado que tú me querías.

—¿Y ahora lo dudas?

—Ahora lo que dudo es que haya alguien más feliz que yo en todo el mundo.

—Sí hay alguien más feliz que tú.

—¿Quién?

—¡Yo! —contestó Yolanda, volviéndole a ver con el embrujo aترayente de sus ojos divinamente tristes.

Allí surgió la vendimia de sus ilusiones nuevas, húmedas todavía por algunas lágrimas, rastros de pesares que se iban escapando en desbandada, huyendo.

—¡Mira a nuestro hijo! ¡Qué feliz me siento! —exclamó Carlos abrazando a ambos.

—Mamacita, este vestido me lo trajo él. Ya le voy a enseñar un avioncito, otros vestidos y unos juguetes más que me dió ayer.

—¡Qué feliz has de estar con tus juguetes! ¡Yo también estoy muy feliz! —exclamó Yolanda acariciándolo.

Carlos, que realmente se sentía encantado con aquel encuentro inesperado, abrazó a ambos, soliloquiando:

—Después de tanto tiempo de buscar la felicidad,

¡hoy aparece! ¡Qué feliz encuentro! ¡Qué feliz me siento! He venido, porque necesito de ti para vivir —luego disculpándose continuó—. No fui a esperarte a la estación, porque las señoritas Estrada me aseguraron que no vendrías, si no hasta pasado mañana.

—¡No te imaginas cómo estaba ansiosa de verte! Fui a buscarte a Buenos Aires. El sirviente de tu casa me dijo que te habías venido para Lezama. Además, ayer recibí un telegrama de Carmen en que me decía que tú estabas aquí, y por eso regresé hoy. —hizo una pausa y luego preguntó: —Carlos ¿vienes a quedarte mucho tiempo aquí?

—¡El tiempo que tú quieras! He venido sólo para tí, para que seas mía del todo, para que ya no nos separemos nunca, —dijo él, y le dió un beso más.

Y allí terminó el sacrificio que les había impuesto el destino. Allí fué el comienzo de un nuevo y más grande amor. Empezaba para ellos una nueva existencia, que la habían soñado desde hacía muchos años.

Yolanda, poniendo de relieve su alma buena, le hablaba con dulzura, satisfecha, y él, ennoblecido y contento, le escuchaba sus palabras hermosas; y no hablaban más que de su felicidad, de su hijo y de su amor.

Y así fueron pasando las horas de aquella tarde llena de alegría, y fué llegando la noche.

* *

En una casita pobre de los alrededores de la quinta, un hombre estaba enfermo gravemente. Sus familiares angustiados, por uno de los sirvientes de la Doctora Borrel, supieron que Carlos era médico. Por eso a las ocho de la noche llegaron a buscarlo.

—Es muy noche, señor doctor, pero le agradeceré mucho si usted me hace el favor de ir a ver a mi hijo, que está grave, —le rogó el vecino, que era un viejo gaucho.

—¡Con mucho gusto iré! Tenga la bondad de espe-

BIOTECNA NACIONAL
MUSEO DE HISTORIA NATURAL
COSTA RICA

rarme un momento, —le dijo Carlos pasándolo a la sala. Mientras el cliente lo esperaba allí, fué al dormitorio donde estaba Yolanda con su hijo. La estrechó tiernamente entre sus brazos, diciéndole:

—Dentro de unos minutos estaré de regreso. Voy a ver a un enfermo.

—¿Es muy lejos dónde vas?

—Creo que no, pero si fuera, no importa, porque prometí hacerle bien a la humanidad si te encontraba algún día, y ahora se me presenta esta ocasión para principiar. Son las ocho. Creo que estaré de regreso dentro de una hora. Voy a comenzar a hacer mis primeras caridades.

Poco después Carlos y el gaucho salían de la quinta.

Yolanda desde la puerta de la sala lo miró alejarse, y cuando él se perdió de vista por el final de la callecita, ella regresó casi corriendo donde su hijo:

—Mario, ¿verdad que tú papá es muy bueno? —le preguntó con alegría.

—¡Sí, mamacita!

—¿Y lo quieres tú?

—Sí. Desde que yo estaba en el Hospicio quiero al doctor.

—Yo lo quiero mucho más, pero no debes decirle doctor, sino “papá”. ¡El es tu papá! ¡Sí, sí. El es tu papá! —repetía ella encantada y feliz.

* *

Faltaban pocos minutos para las diez de la noche cuando Carlos regresaba. Su acompañante se despidió de él en la calle, dándole las gracias nuevamente y elogiándole su caridad franciscana de hacer el bien sin aceptar remuneración alguna. El médico entró a la callecita de la quinta iluminada con varios focos de luz eléctrica. Se sentía muy contento porque estaba de nuevo cerca de su noble y dulce compañera. Iba deseoso de verla.

Cuando llegó a la casa, todo estaba en silencio. En un cuarto iluminado a media luz, Yolanda dormía a su hijo, pero salió para encontrar al médico que le había quitado el dolor de la tristeza de su vida. En el umbral de la puerta se encontraron, y ella lo recibió con mucho cariño, diciéndole quedamente para no despertar al niño:

—¡Te esperaba! ¡Ya no puedo estar lejos de tí!

—¡Ni yo tampoco! —le dijo él matizando sus palabras con un beso.

* *

Cuando la ciudad se había adormecido bajo un cielo con fiebre eruptiva de estrellas, en la oscuridad del dormitorio de ellos, Yolanda, con su dulce voz que parecía la melodía de un instrumento mágico que encantaba, le habló de su ausencia, de sus recuerdos, y él se deleitaba oyendo sus palabras de confianza. Y hablaban quedamente en aquel rinconcito de ensueño, en medio de las tinieblas. A sus labios llegaba de nuevo el alma errante de los besos muertos que parecían renacer en aquella noche magnífica, infinitamente llena de poesía, saturada con efluvios fascinantes de misterios.

A lo lejos, se oía el eco perdido de un tango que vagaba trasnochando bajo su chambergó nocturnal. Rondando la estancia, los ensueños velaban el insomnio de aquella pareja enamorada. Así las horas pasaban, y los días y las noches serían inolvidables como lo habían sido sus días felices de antaño, que se habían esfumado pero reaparecían con la visión sublime de la esperanza. Y se acordaron de ellos. ¡Cuántas veces la luna los vió juntos en México en el jardín de la casa, en el bosque de Chapultepec, en Xochimilco! La vieja faz de la luna les hacía recordar muchas cosas bellas; pero, también muchas tristezas escribió en los folios de seis años de separación. La distancia agranda las sombras, y la pasión de ellos fué una sombra que se agrandó; por eso nunca invoca-

ron el olvido, porque sabían que no llegaría. Se resignaron a amarse de lejos, y en la ausencia, en un lento peregrinar con ese cariño guardado en sus almas, el milagro de los sueños los había hecho verse a menudo, porque en aquella sombra cada día hubo un paisaje nuevo en medio de la nostalgia, una ilusión nueva surgiendo del fracaso, un recuerdo nuevo acortando la distancia.

En la aldea apacible, sólo el insomnio de ellos seguía en la calma indefinible de la noche serena.

Horas después, se quedaron dormidos, arrullados por el amor, la sublime canción de la vida, la comparsa sagrada de las almas.

* *

La mañana del nuevo día tuvo el aliento perfumado de las hojas frescas del prado, y un anhelo de vivir, supremo, sublime, había venido desde lontananza cuando los primeros reflejos del sol habían perfilado las montañas macizas y verdes.

Carlos, Mario y la modelo de la Virgen de las rosas, caminaban por los alrededores de la quinta. El sol matinal empezaba a calentar. Las brisas que se habían fugado de Los Andes les daban su limosna de frescura. El esplendor campesino dormido entre las frondas llegaba saturado de prana, y ellos en el centro de aquella soledad, hablaban del campo, de las plantas, de la beatitud de los retiros, del cielo, del sol, de la música, de los recuerdos, de su hijo, del futuro que creían maravilloso.

Cuando habían andado un trecho largo, ambos se sentaron a la sombra de un árbol.

Mario, que permanecía de pie, después de tomar uno de los juguetes preguntó:

—Papá: ¿estos juguetes los hacen en Estados Unidos?

—Sí, hijito, —contestó el Dr. con cariño.

—¿Ya lo puedes hacer caminar? —le preguntó Yolanda.

—¡Sí, sí, mamacita! ¡Mire cómo camina! —le contestó el niño poniendo el juguete de cuerda por el suelo y dándole impulso para que caminara; y así, poco a poco, se fué alejando mientras sus jóvenes padres lo observaban.

La aya lo tomó de la mano y lo llevó a jugar.

—¿No te parece que este lugar es hermoso para veranear? —preguntó Carlos cuando su hijo estaba distante.

Yolanda recorriendo con la vista las montañas cercanas, la casa, los árboles, corroboró:

—Sí, ¡es muy hermoso!

Ambos, mirando de nuevo a su hijo que se alejaba más, se quedaron en un silencio turbado apenas por el leve ruido de la brisa enredada entre las hojas. Dios, desde el balcón del cielo, parecía bendecir sus vidas que comulgaban en aquel quieto remanso donde duermen los versos.

—Estoy recordando la Virgen de las rosas, —dijo Carlos sonriendo.

—Tú no debes tener celos de eso. El escultor Sanoti me rogó muchas veces que le sirviera de modelo, cuando yo vivía con la familia de don Francisco, como ya te he dicho. ¿Verdad que no tienes celos de eso?

—¡No!; ¡al contrario! Me siento orgulloso de que la mujer que he querido toda mi vida sea la modelo de la Virgen de las rosas—, afirmó Carlos con énfasis; después añadió: —Supe eso en San Francisco de California.

—¿Quién te lo contó?

—Un ciego pianista que fué amigo tuyo.

Yolanda removiendo los recuerdos, después de una pausa, repuso:

—¡Ah!, ¡ya recuerdo! Se llama Enrique Garcés.

Hace un año lo conocí por casualidad. Era amigo de la familia de don Francisco.

—Sí. ¡Mi diosa de las rosas! —exclamó Carlos y tomándola de las manos, continuó: —Eres tan linda, que si yo hubiera sido escultor también te hubiera tomado de modelo. ¡Mi santa de las rosas de paz! ¡No hay mujer más bella que tú! Si no fuera así, siempre te encontraría la más bella de todas, porque la mujer más bella es la que uno quiere, y yo te quiero tanto! ¡tanto! Tu belleza espiritual debiera de servir de modelo también a todas las mujeres. ¡Eres tan buena! —con sus ilusiones frescas, y con la convalecencia de la separación de aquella compañera ideal, le siguió diciendo para que la soledad, el destino y Dios oyeran sus palabras: —¡Yolanda, quiero que te cases conmigo!

Ella se quedó varios instantes mirándolo, y sus labios se entreabrieron para darle un beso y decir:

—¡Sí Carlos! ¡Tú eres mi felicidad!

—Entonces quiero que escribas hoy mismo a México pidiendo tus comprobantes que te hagan falta para nuestra boda.

—Bueno. Si así lo quieres, escribiré.

—¡Sí, mujercita mía! Así estaremos unidos toda la vida, y entonces, serás mi esposa por la ley y por la religión.

—Hoy mismo escribiré, —afirmó ella sintiendo los brazos varoniles de su amado que la estrechaban amorosamente.

—Antes de dos meses nos casaremos. Empezaremos a vivir una vida nueva. Cuando tenías dieciocho años, cuando eras una colegiala y yo un estudiante, todos nuestros proyectos los deshizo el destino. Las circunstancias se burlaron de nosotros, pero ya no se burlarán más. ¡Seremos felices para siempre!

—Carlos. ¡A tu lado seré siempre feliz, y no temeré ni a la vida, ni a la muerte!

—Me encanta oírte hablar así. Por mi parte, le escribiré hoy al doctor Laval nombrándolo padrino de nuestra boda. Quiero que también le escribas a Margarita y al doctor Martínez. Después de que nos casemos iremos a México; iremos a Xochimilco, a Teotihuacán, al bosque de Chapultepec, al Monasterio de Santa Mónica, y allá, en tu casa de la Avenida Juárez nos esconderemos otra vez juntos en aquel mismo lugar... ¡Qué bellos fueron aquellos tiempos! ¡Te acuerdas Yolanda?

—Sí, ¡mucho! ¡muchísimo!

Y se quedaron viendo con los ojos del ensueño, el desfilar de aquel hermoso pasado.

—Mañana iré a la casa cural de este lugar para preguntar cuáles son los requisitos que necesitamos para casarnos. ¿Te parece? —preguntó Carlos haciendo huir el silencio que había llegado a la par de los recuerdos.

—Sí. Y después, ¿que haré con tanta felicidad?

—Pues, yo haré que se aumente, porque cada día del calendario te querré más. Sí, chiquilla, ¡te querré más! —recalcó Carlos sonriendo y acariciándole sus mejillas sonrosadas.

¡Qué magníficas palabras! ¡Qué bello florecer de paisajes en aquel remanso supremo de los ensueños!

“Olvido”, “desilusión”, “hastío”, eran fantasmas de palabras que nunca llegarían hasta ellos. ¡Eran muy felices!

La placidez del campo fraternizaba con sus ilusiones y con su alegría. En cada sombra proyectada por los rayos del sol que se había vuelto más fuerte, en cada vibración de las hojas, en cada rosal palpitaba la canción del amor de juventud, fragante, profano, pero que tenía mucho de sagrado.

Después de que habían hablado muchas cosas hermosas, dejaron el lugar y se dirigieron hacia donde su hijo que se acercaba.

—Mario, ¿te has divertido bastante? —le preguntó Carlos, al mismo tiempo que se agachó para acariciarlo.

—Sí, papá doctor.

—No se dice “papá doctor” —le observó Yolanda riendo.

—Sí. Se dice “papá doctor”, porque él es mi papá, y es doctor.

—¡Muy bien! —exclamó Carlos riendo, y los tres caminaron de regreso a la quinta, muy contentos, a veces cantando a media voz una de las canciones que estuvieron de moda hacía seis años.

La mañana campestre perfumada y fugaz, suavemente esparcía por el prado las notas de aquellas canciones, mientras las palabras y los proyectos se habían quedado vibrando en las sombras de los árboles. Y así, cantando suavemente a dúo, desfiló una, otra y otra canción. ¡Cuántos recuerdos traían!

Cerca de la casa y después de que habían terminado de cantar Indian Love Call, Mario preguntó:

—¿Por qué usted en el Hospicio no me dijo que era mi papá?

—Porque yo no lo sabía, “amigo Mario” —contestó Carlos con humildad.

—Pero ahora que ya lo sabes, debes quererlo más que antes —le insinuó Yolanda.

—Sí, ¡Yo lo quiero! —afirmó el niño.

—Yo también te quiero mucho, —le dijo Carlos, y dirigiéndose a Yolanda musitó: —¡Pobrecito Mario! ¡Cuánto habrá sufrido sin tí y sin mí!

—Pero ahora que ya estamos los tres juntos, ya no nos separaremos más. ¡Seremos felices! —exclamó Yo-

landa, y la felicidad como una libélula prisionera parecía revolotear en el interior de sus almas.

*

Por la tarde llegaba a la quinta un hombre moreno vestido de negro, de regular estatura, de mirada hipnótica y aire de serenidad. Llamó a la puerta. Carlos y Yolanda inmediatamente lo atendieron. Era el hindú señor Rodav-lás, quien después de aceptar el asiento que Carlos le ofreció, se expresó así:

—Por casualidad supe en casa de la familia Estrada, a quienes he visitado esta mañana después de mi arribo a Lezama, que usted estaba aquí. ¿Recuerda doctor del Río que hace seis años tuve el gusto de conocerlo en México?

—Me acuerdo perfectamente —le contestó Carlos, reconociendo que era el compañero del apóstol de la paz.

—Doctor. Su última carta, en la que nos envió su ayuda monetaria para nuestra misión, se lo agradecemos mucho. Por eso, cuando supe que usted se encontraba aquí, no quise perder la oportunidad para saludarlo y darle las gracias personalmente.

—No tiene por que dar las gracias, señor Rodav-lás. Ese ideal de usted es el mío también.

—Los artículos suyos que nos envió se publicaron en nuestra revista, como usted supo, y yo vengo ahora a incitarlo a que nos siga mandando más, pues gustaron mucho. ¡Usted, doctor del Río, sería también un excelente apóstol de la paz!

—Muchas gracias por ese honor, —contestó Carlos sintiendo que ese ideal estaba entroncado en su vida; luego preguntó: —¿Y su compañero el Apóstol de la Paz?

—Mi amigo y paisano murió.

—¿Murió?

—Sí. Murió. La trayectoria que él tenía que seguir por el mundo era muy grande para dar sus palabras de

paz; pero la muerte lo encontró predicando, soñando con cinco continentes en donde no existiría la guerra.

—¡El mundo perdió un gran maestro!

—¡Hombres de esa talla no debieran morir...! Este libro salió a la luz pública hace cuatro meses. Fué escrito por nuestro común amigo el Apóstol de la Paz —manifestó el hindú sacando un libro de un pequeño maletín.

—¿Cómo se titula?

—Se titula: "Tú puedes elevarte". Es una serie de preceptos hermosos que conducen al dominio de la materia física que la Naturaleza nos prestó para que manifestáramos nuestras facultades superiores. Se lo traigo como un obsequio mío y del autor.

—Le agradezco mucho, —dijo Carlos tomando el libro.

—El hombre es un niño que trata de elevarse espiritualmente, pero hay que guiarlo en esta elevación, y este libro lo guía. —El hindú continuó: —nuestro amigo el autor, como usted sabe, era un místico evolucionado que se había impuesto la misión de predicar la fraternidad, y soñaba con un mundo sin desuniones, sin guerras; un mundo donde estará abolida completamente la violencia. "Donde está la paz está la bendición de Dios", nos repetía siempre:

—Hermosa idea, "donde está la paz está la bendición de Dios", —repitió Yolanda tomando parte en la conversación.

—Solamente esa frase es una bella oración, una magnífica oración. Si en todos los hogares se escribiera para que se leyera y se practicara cotidianamente, tendría un efecto maravilloso, —agregó Carlos.

—La escuela homeopática de Hahnemann tiene una base científica sólida, que cura con diluciones infinitesimales. Si el mundo repitiera aunque fuera una sola vez

cada día esta oración, llegaría a curar algunas dolencias de la humanidad de carácter espiritual, actuando como una dosis homeopática.

—Es un magnífico ejemplo. Ojalá la humanidad pudiera inspirarse en frases como ésta, para que el mundo maravilloso que han soñado los idealistas, fuera una realidad. ¡Yo también soy un idealista! —observó Carlos.

—El Apóstol de la Paz tenía un concepto muy elevado respecto a usted, Doctor del Río.

—¡El era muy bondadoso!

—Sí. Era muy bondadoso, y tenía facetas de clarividente que lo hacían reconocer las cualidades de sus amigos, y a usted, lo conceptuó como un sucesor de él.

—¡Yo! ¡Sucesor del Apóstol de la Paz!

—Sí, doctor del Río. Así me lo manifestó él.

—Ese ha sido mi ideal y siempre he tratado de ponerlo de relieve. ¡Es un ideal hermoso!

—Sí. ¡Un hermoso ideal que tendrá un epílogo maravilloso! —observó Yolanda.

—Pero... ¡No me explico cómo puedo tomar un apostolado tan sublime! —exclamó Carlos.

—Usted sabe que no se necesita ser monje para predicar. Usted doctor, puede tomar el apostolado de la pluma y escribir en pro de la paz.

—Con el apostolado de la pluma se pueden alumbrar los senderos del bien. Una de las mejores maneras de predicar la paz, es encontrarla en nosotros mismos —filosofó Carlos.

Yolanda dió optimismo a su compañero:

—¡Carlos! Si el Apóstol de la Paz de quién me has hablado, profetizó que tú serás el sucesor de él, ese es un gran honor para tí y para mí.

—Sí Yolanda. ¡Ese es un honor inmerecido para mí!

—No es inmerecido, —dijo el hindú. —La paz con-

vive con las almas nobles. El hombre no se ha propuesto a dominar y a sustituir el "yo" inferior, que es egoísta y material, por el "yo" superior, que es altruista y espiritual. Ese "yo" superior, con un poco de trabajo se puede manifestar en todas las personas. La humanidad necesita planos de inspiración, y las almas evolucionadas deben manifestar con hechos y con palabras sus conocimientos elevados para que sirvan de inspiración. Esos planos, que serán la confluencia de lo divino con lo humano, actuarán como salvavidas de la humanidad en naufragio. Ser noble y bueno, sentir el dolor ajeno como nuestro, eleva a planos superiores, pero con el firme deseo de ascender siempre, aunque en esa ascensión encontremos un Gólgota doloroso... No quiero presumir que poseo poderes supranormales, pero voy a permitirme decirle, que usted doctor ha venido al mundo con una gran misión. Su compañera, que es tan evolucionada como usted, le ayudará mucho, pero habrá un momento en su vida en que entidades superiores lo colocarán en un lugar en donde usted podrá regalar al mundo muchas flores de paz.

—Gracias señor Rodavlás, pero sinceramente me hace mucho honor con sus amables profecías.

—Su aura, doctor del Río, es la de un ser muy elevado, incapaz de hacer un mal, y sé que hay fuerzas cósmicas que lo hacen sentir el deseo de predicar. ¿No es así?

—Sí señor Rodavlás. ¡Usted ha adivinado! Desde muy pequeño he sentido atracción por el púlpito.

—Le voy a predecir que tarde o temprano el plan evolutivo del mundo lo ha señalado a usted para unir a la familia humana. Su compañera fortalecerá sus deseos en pro de la fraternidad universal —así habló el hindú, y luego añadió: —Ya que hemos hablado de este hermoso tema, quiero hacer con ustedes una experiencia de lectura del pensamiento. ¿Les parece bien?

—¡Claro! ¡Con mucho gusto! —exclamó Yolanda.

—Tengan la bondad de pensar en lo que gusten.

Hubo un silencio prolongado. Carlos pensaba en la Virgen de las rosas, mientras Yolanda recordaba la fecha del aniversario de la muerte de su madre que era el 15 de abril. El hindú rompió el silencio que él mismo había hecho:

—Señora del Río: sus ondas mentales me hacen ver un cementerio. Sobre una fosa hay una lápida que tiene escrita la palabra "Yolanda". Hay una vibración que me dice: "15 de abril". ¿Es así?

—Si, señor. En eso pensé. Mi madre, que se llamaba también Yolanda, murió el 15 de abril, y me estaba acordando de ella. Esa experiencia de lectura del pensamiento es magnífica, y lo felicito.

—Gracias, señora, —luego el hindú se dirigió a Carlos: —Doctor del Río: el panorama que me sugieren sus ondas mentales es éste: veo un franciscano cerca de una escultura que tiene un ramo de rosas blancas en la mano, y esa escultura es idéntica a su compañera. Parece que ella ha sido la modelo.

—¡Efectivamente! Pensé en la Virgen de las rosas, que es una escultura de la que mi compañera fue la modelo. ¡Magnífico! Lo felicito por su maravillosa lectura del pensamiento, —dijo Carlos, y la conversación se fué deslizando entre los tres, y llegó al terreno de las profecías. El hindú se expresó así:

—La profecía de Notre Damus es asombrosa; describe una segunda guerra mundial para dentro de pocos años. Un amigo mío tiene otra profecía rara y es ésta: En el año de 1939 se desatará la segunda guerra mundial que será atroz y durará seis años. Al finalizar esta contienda, en 1945, habrán dejado de existir las organizaciones de dos credos totalitarios que trataron de imponerse. En ese año de 1945 una nación americana inventará una terrible ar-

ma que desintegrará los átomos y marcará el fin de la contienda. Muy pocos años después de haber terminado esa segunda guerra mundial, una nación asiática será la iniciadora de la tercera guerra mundial. Se lanzará sin declaratoria de guerra sobre países europeos, pero la nación americana, poseerá, además del anterior, otro superpotente invento más destructor que se llamará irónicamente: "El Pacificador", pondrá al agresor de rodillas en muy poco tiempo. La humanidad no querrá levantar el telón para ver el acto cuarto de la guerra mundial, y entonces se encaminará por el sendero de la bondad, de la fraternidad, del amor, de la justicia, de la comprensión, de la paz. A las personas elevadas les toca sembrar en el corazón de sus semejantes las hermosas ideas, porque el porvenir de los pueblos está en el corazón de los hombres.

—Cualquier prédica fraternizando al mundo tendrá una vendimia magnífica. Todo lo bueno que se haga tendrá su recompensa. Las enseñanzas del Apóstol de la Paz no serán estériles, porque una gran parte ha caído en el terreno adecuado. Cuando la humanidad ascienda a la planicie donde no hay guerras, la bendición de Dios estará con los hombres, porque con ellos estará la paz, — dijo Carlos.

La conversación tomó otros giros, y después, el tema era el fantasma de la gente que no ha muerto.

—¿El fantasma de los vivos? —preguntó Yolanda. El hindú contestó gentilmente:

—Si señora. Así como lo afirman varios investigadores dignos de crédito que han visto aparecer a personas desaparecidas, es decir, desencarnadas, así también los humanos que no hemos muerto todavía podemos en casos esporádicos y casi siempre involuntarios, sacar el cuerpo astral, el alma, la que queda unida al cuerpo físico por un cordón fluídico que han llamado "hilo de plata". Mientras el cuerpo sigue viviendo al impulso de la vida

vegetativa, el alma sale, invisible para los que no son videntes. Pero muchas veces esa alma se materializa, toma la forma completa de un cuerpo humano, y entonces es visible, y es lo que se ha llamado el fantasma de los vivos.

—¿Una dualidad? —interrogó Yolanda.

—Sí; una dualidad, —contestó el hindú. —Hace poco tiempo se registró en Estados Unidos el siguiente fenómeno: un muchacho en Boston hacía cinco años que no veía ni a sus hermanos ni a sus padres que vivían en San Francisco. Una tarde como de costumbre durmió casi tres horas, al cabo de las cuales despertó sin acordarse si había soñado o no. Ese día fue cuatro de agosto. Quince días después fué a San Francisco, llegó a la casa de su familia y se asombró cuando le contaron que el cuatro de agosto él había estado allí, hablando con ellos, y que hasta había tomado un vaso de agua. Hombres de ciencia que les interesó el caso siguieron las investigaciones, y llegaron a la conclusión de que fué un desdoblamiento con materialización de su cuerpo astral.

—¿Y lo comprobaron? —preguntó Yolanda que había puesto gran atención al relato.

—Sí, señora. Se comprobó —afirmó el hindú.

—¡Qué interesante! —exclamó Carlos.

—¡Muy interesante! —añadió Yolanda.

—Muchos casos parecidos han encontrado los hombres de ciencia que investigan esos senderos. Los teósofos basan en parte sus concluyentes teorías en estos fenómenos supranormales.

El hindú contó otro caso interesante; luego habló del fantasma de los muertos, después de lo cual dijo Yolanda:

—Ahora me explico mejor el motivo de una acuarela que se titula "El Viudo", y representa a un hombre joven, en su dormitorio, en el cual duerme su pequeño

hijo de pocos años. A través de una ventana de vidrio entra una claridad que ilumina la cuna y hace que apenas se note una mujer vestida de blanco acariciando al niño, que es su hijo, mientras el viudo no se daba cuenta de la aparición porque parece muy triste pensando en su soledad, y en su hijo sin madre.

—Señora. Indudablemente el pintor de esa acuarela a que usted se refiere conoce estos fenómenos. La madre es la que casi siempre vuelve después de muerta a cuidar a sus hijos. Por eso, nuestras costumbres en la India es no llorar a los muertos para que ellos no sufran por nuestra tristeza. Nosotros creemos que la muerte es un cambio de ciudad, y en esa ciudad vamos a recoger los frutos buenos o malos que hayamos sembrado. Esa es la razón por la cual la muerte no nos atemoriza; la conceptuamos necesaria para nuestra evolución. Lo que sí nos atemoriza es portarnos mal, porque tendremos que recibir el pago de nuestras culpas. La secta a que pertenezco se siente hermana de todo ser viviente, y quisiéramos que todas las razas y las religiones nos uniéramos en una sola, para que toda la humanidad pueda vivir fraternalmente sobre la faz de la tierra.

Horas después el ilustre visitante se despidió muy cortesmente, habiéndoles dejado una profecía.

* *

Pasaron los días y el Dr. del Río siempre era llamado para ver enfermos. Una de esas salidas la aprovechó para hablar con el cura párroco e indagarse de los requisitos que debía llenar para efectuar su matrimonio religioso.

Yolanda lo esperaba ansiosa. Cuando lo vió venir se fué a encontrarlo y después de un alegre saludo y mientras caminaban abrazados, Carlos le comenzó a decir:

—Me dijo el padre que necesitábamos nuestras partidas de nacimiento para nuestra boda. Yo le rogué que

comenzara a hacer las proclamas, pues nuestros comprobantes los tendremos antes de un mes. Entonces, en este mismo mes nos casaremos. ¿Te parece bien?

—¡Sí, magnífico! Con eso las señoritas Estrada que han sido tan finas conmigo, serán nuestras madrinas.

Pensaban casarse allí en Lezama, que era donde Yolanda tenía más amistades, pues en los seis años de permanencia en Buenos Aires, como casi nunca salía, se había relacionado con muy pocas personas.

—¿Y quieres que nos vayámos mañana para Buenos Aires a arreglar lo que nos falta? —preguntó Carlos con entusiasmo.

—Sí, sí, —afirmó ella muy contenta, deseando ser muy pronto la esposa de aquel hombre.

—Entonces mañana nos iremos, —afirmó él con entusiasmo.

La brisa movía la hermosa cabellera de Yolanda. Su andar elegante aumentaba el encanto de su conjunto escultural. Su compañero, gallardo y de fina cultura hacía con ella una pareja ideal. Era una pareja feliz.

Mario salió al encuentro. Carlos lo tomó en sus brazos diciéndole:

—¡Hijito mío, mañana nos iremos a Buenos Aires! Yolanda y yo, te vamos a comprar más vestidos, juguetes, libros de cuentos, y en fin, muchas cosas...

—¿Y el violincito también? —preguntó Mario.

—Sí, sí. También el violincito.

Entraron a la casa y comenzaron a preparar el viaje.

* *

Por la tarde fueron a visitar a la familia Estrada. Yolanda les presentó a su futuro esposo, y éste muy gentilmente les dió las gracias por las finezas que ellas le dispensaron a Yolanda y a su hijo, y a la vez las nombró ma-

drinas de su futuro enlace, designación que aceptaron de muy buen gusto.

* *

A las cinco de la mañana del siguiente día, tomaron el tren que los llevaría hasta la capital.

Un día magnífico se estaba despertando perezosamente sobre la pampa. Un cielo de un azul esplendoroso se dilataba sobre todo el camino de hierro, y ellos lo observaban a través de las ventanillas. Y pasaban los sembrados, los plantíos, las estaciones y así, una a una fueron pasando Bragado, Azul, Tandil, Dolores, etc. Y mientras el ferrocarril rodaba, iba atravesando panoramas, muchos de ellos extensísimas llanuras con pocos árboles pero tapizadas de excelentes pastos donde millares de animales apacentaban. Eran tierras fértiles como la del norte, comprendidas entre el Río Paraná y el Uruguay, en la Mesopotamia argentina.

A uno y a otro lado, cercados por el horizonte y a medida que el tren corría dejando en las llanuras su grito de adiós, a su vista se iban presentando paisajes más costeros, y así pasaron los kilómetros y las horas. ¡Qué diferente era ese viaje al anterior de ella y de él! ¡Cuánta tristeza había quedado perdida en aquella trayectoria del viaje anterior!

Al cabo de varias horas fue apareciendo en la margen derecha del Plata la gran ciudad de Buenos Aires. Las primeras torres fué Mario quien las divisó. Se fueron acercando a la estación. Llegaron.

Tomaron un carro y se dirigieron a la Avenida de Mayo.

Cuando el vehículo se detuvo frente de la casa de Carlos, fué Mario quien descendió primero.

Uno de los sirvientes se encaminó hacia el carro

y después de saludar a su amo y a la señora, fué llevando las valijas y las demás cosas que traían de Lezama. Cuando Carlos tomó del brazo a Yolanda y entraron a la casa, Mario estaba en el centro de la sala, examinándola con curiosidad propia de sus años. Era una sala elegante. Sobre una alfombra un juego de muebles último modelo invitaba a descansar. Todo el aposento estaba adornado con gusto. El hijo comenzó a hacerles preguntas de los cortinajes y de unas pequeñas estatuas de mármol. Carlos les explicaba y mostraba todo lo que allí tenía. Luego pasaron a la clínica y así cuarto por cuarto, fué mostrándoseles a su hijo y a su compañera.

* *

Al día siguiente salieron a comprar varias cosas que les hacía falta. Carlos sentía placer en obsequiarles; por eso colmó de regalos a su futura esposa: abrigos, sombreros, vestidos, joyas, perfumes, y aun muchas cosas que ella no necesitaba. A su hijo le obsequió con juguetes, libros de cuentos, vestidos, etc. Ni a ella ni a él les faltaría dinero, ni cariño ni comodidades. Absolutamente todo lo que necesitaban lo tenían. Habían ido a un almacén de música en donde compraron un violincito pequeño y un excelente piano.

Yolanda había estado muy ocupada dirigiendo, adornando y componiendo su hogar con flores, macetas, cortinas. Si aquella casa antes era hermosa, la compañera del médico ayudada por la servidumbre, la engalanó más.

A las cinco de la tarde llevaron el piano y lo colocaron en el lugar apropiado cerca de la sala. Yolanda, sola, comenzó a tocar muy quedamente; Carlos que leía en su clínica, al oír el instrumento, cerró el libro y salió con su gabancha blanca:

—Yolanda, ¿quieres que toquemos?

—Sí, sí, ¿tienes aquí el violín?

—Sí. Allí lo tengo —contestó él, y se fue a traerlo a su biblioteca.

Cuando regresó con él en una mano y en la otra el arco, Yolanda hacía unos acordes y unas escalas cromáticas.

—¿Ya lo tienes afinado? —le preguntó cuando él se acercaba.

—Todavía no, —contestó Carlos oyendo la nota “la” que ella tocaba para que él afinara.

Cuando estuvo listo, se acercó más y en actitud de tocar.

—Vamos a festejar la llegada del piano con una pieza muy bonita que me gusta mucho —insinuó ella riendo.

—¿Cómo se llama?

—¡No te intereses!

—¿El autor?

—El autor es parte de mi vida; la pieza es... ¡Oyela...! —dijo dejando lentamente caer sus manos y su mirada en el teclado, y comenzando el vals “Yolanda”.

Carlos entonces, recordando su composición, comenzó a tocar también en su violín. Allí, en aquella sala que se llenó de notas estaban juntos los cuatro puntos principales de aquel romance: ella, él, un hijo y un vals.

¡Cuántas alegrías! ¡Cuántas lágrimas! ¡Cuántas escenas que murieron renacían más hermosas al influjo de las notas que construían! Era la hoz del milagro que cortaba versos en el ayer florido. Era una gran fiesta de recuerdos que se volvía melodía, al fulgor de la cual las musas hubieran inspirado al pincel de Shramm para su “Nube de estío”. Y las notas se volvían aladas para volar por el país de los ensueños; fueron ellas, junto con las de “Serenata”, las sirenas que encantaban a sus vidas en las nostalgias pasadas, cuando sus almas vagaban errantes surcando los lagos remotos de la lejanía. Aquellas notas

eran el relicario en que la ausencia guardó el recuerdo; fueron los caracoles que habían escondido el murmullo de un mar de amor. Su bella canción de antaño, modulada magistralmente por ellos que eran diletantes, era siempre su canción de ogaño que invitaba a sentir poesía para soñar como Shubert, como Toselli, como Bach y como ellos. ¡Cuántas notas juntas, junto a aquel gran amor! ¡Cuánto recuerdo!

Cuando terminaron, vino como coda una carcajada.

—¡Qué bello es transformar la tristeza en alegría! Carlos, cuando tú no estabas, este vals me infundía tristeza.

—¿Y hoy?

—¡Hoy me dá alegría! —dijo ella y se abrazaron.

Mario llegó diciendo:

—¡Papá! ¡Papacito! ¡A mamá le gusta mucho esa pieza que acaban de tocar!

—¿A ti te gusta también?

—Sí, papá doctor. Cuando usted no había venido, mamá lloraba tocando esa pieza.

La madre al oír esas palabras le dió un beso a su hijo y después exclamó jubilosa:

—¡Pero no podré ser más feliz de lo que soy!

—Papá, yo quiero tocar en mi violincito así como toca usted.

—Sí? pues, todos los días te voy a dar una clase, para que aprendas bien.

—Y entonces, cuando esté grande, voy a tocar con mamacita. ¿Verdad mamacita que vamos a tocar juntos?

—¡Sí hijito! ¡Claro que sí!

—Papá, y para hacer una pieza como ésa, ¿cómo se hace?

—Eso es lo que se llama componer una pieza.

—Y los que componen una pieza, cómo se llaman?

—Se llaman compositores.

—¿Y quién es el compositor de esa pieza?

—Te voy a contar quien es: —le dijo el padre y comenzó a narrarle en forma de cuento: —Había una vez, en el Colegio Notre Dame en San Francisco de California una colegiala muy linda, y un estudiante de medicina se enamoró de ella, la quiso mucho...

—¿Y ese estudiante tocaba violín? —interrumpió Mario.

—Sí. Ese estudiante fué el que le compuso la pieza.

—¿A la colegiala?

—Sí, a la colegiala.

—¿Y cómo se llamaba esa colegiala?

—La colegiala se llamaba Yolanda.

—¿Así como mamacita?

—Sí; así como tu mamacita.

—Y el estudiante, ¿cómo se llamaba?

—El estudiante se llamaba Carlos del Río.

—Quién... ¿El estudiante era papá doctor? —interrogó el niño.

—Sí. El estudiante era papá doctor, —repitió Yolanda que reía entusiasmadamente como Carlos.

—El estudiante era papá doctor, y la colegiala era mamá Yolanda; y papá doctor le “componió” esa pieza a mamá Yolanda, —dijo el niño despejando las incógnitas del cuento.

* *

A las siete de la mañana del día siguiente, el Dr. del Río fué al Hospital Rawson. En la entrada se encontró con el Dr. Alvear que lo esperaba, como lo había convenido el día anterior. Carlos le contó a su primo cómo había sido el encuentro con Yolanda. Al cabo de la narración le preguntó el doctor Alvear:

—¿Así es que el mismo día que llegaste a Lezama la encontraste?

—No; hasta el día siguiente. Ella estaba ese día aquí en Buenos Aires, buscándome, y yo por allá, buscándola. —Luego le contó lo del “huerfanito”, como lo había conocido en el Hospicio y el cariño que le inspiró sin saber quien era.

—¿Y resultó que el “amigo Mario” era tu hijo? —le preguntó el doctor Alvear después de oír el relato.

—¡Sí! ¡Imagínate! ¡El primer enfermo que tuve en el Hospicio era mi propio hijo!

El Dr. Alvear le hacía preguntas de las escenas del encuentro:

—¡Realmente, che, parece novelesco! —terminó diciendo, y ambos se internaron en el hospital.

El Doctor Alvear iba a operar a uno de sus pacientes. Carlos había sido invitado por él para que le sirviera de ayudante.

Llegaron a la sala de operaciones. Poco después principiaría la operación: extracción de cálculos de la vesícula biliar.

Cuando todo estuvo listo, el Dr. Alvear tomó el bisturí diciéndole al primo:

—¿Querés hacer esta operación?

—¡Con mucho gusto! —aceptó el Dr. del Río, y comenzó a hacer la operación.

Abrió la pared anterior del abdomen sobre la zona hepática, incidiendo la piel, el tejido celular sub-cutáneo, el aponeurótico, el muscular, hasta que llegó a la cavidad. Ayudado del “separador abdominal”, del Río, con la técnica y maestría de un consagrado en operaciones abdominales seguía en su intervención, que antes de media hora terminaba magistralmente hecha. El Dr. Alvear, dándose cuenta que su primo era un cirujano genial, le manifestó que él padecía también de cálculos en la vesícula biliar, y le rogó que lo operara antes de un mes. Carlos aceptó con mucho gusto.

Los días seguían desfilando en la capital, con sus noches porteñas danzando sobre El Plata, con el incesante trajín sobre sus avenidas largas, con sus Cafés llenos de tangos, con sus diversiones por doquier. El hogar del Dr. del Río estaba siempre matizado de alegría; su compañera ideal, la modelo de la Virgen de las rosas, llena de juventud, su hijito, la cómoda y bien arreglada mansión en que vivían y todo cuanto les rodeaba, presentaban hora a hora, minuto a minuto, el matiz más risueño, su dicha soñada.

En las tardes y por la noche él tocaba en su violín muchas de las composiciones románticas. Ello lo acompañaba al piano algunas veces, pero las más, se deleitaba oyendo el instrumento acariciado por las manos de artista de su compañero.

Los esposos Alvear y otros familiares de Carlos sentían un marcado aprecio por la futura señora del Río, y ese aprecio se había acentuado a medida que conocieron sus buenos sentimientos y su actitud frente a los problemas y adversidades de la vida. Y así seguían pasando las horas en Buenos Aires. Aquella pareja vivía una vida ideal que se poetizaba más cuando ella le hablaba de la paz universal, de una era de paz en que sería desconocida la malevolencia.

¿Qué habría guerras? ¿Qué habían hombres malos? No; era absurdo pensarlo. ¿Podía el mal caber en el mundo habiendo tanto campo para el bien? Ella le explicaba la fraternidad humana embelleciéndola:

—Carlos: el hindú predijo que tú serás el apóstol de la paz. El debió conocer las vibraciones blancas de tus pensamientos. ¡Qué hermoso pensar como tú! ¡Qué hermoso es soñar como tú, en ese mundo donde todo lo bello es posible! ¡Qué hermoso debe ser predicar a nuestros

hermanos, para que odien la guerra y amen la paz! Carlos, nunca pierdas la fe creyendo que existe la maldad. Nunca la pierdas. No dejes llegar esas ideas, porque el bien se encuentra siempre en todas partes si se busca. ¡Mi futuro Apóstol de la Paz!, yo sé que tú sueñas como yo, en un mundo donde cada cual despejará el camino de los demás para despejar el suyo, y la venganza no será parte de sus vidas, porque la mejor venganza es el perdón. Yo sé que tú miras a una humanidad que se amarán los unos a los otros sin distanciamientos, y todos pondrán su corazón de rodillas para decirle a Dios: ¡Señor! perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos de verdad a nuestros hermanos. Carlos, el mundo te necesita a tí, porque tu misión es la sublime misión de los hombres evolucionados y necesarios para el progreso espiritual de la humanidad.

Así hablaba Yolanda muchas veces, sublimizando cada vez más aquel amor. El mundo no significaba nada para ella si no estaba él. La vida no valía nada para él, si no estaba ella. Por eso se les veía siempre juntos

Cuando iban al cine, al teatro o a otros paseos, siempre habían palabras floridas que matizaban el recreo y sus planes para el futuro.

* *

El doctor había ido días antes con su compañera a darle las gracias a la doctora Borel por haberle prestado su quinta en Lezama. Como aquel es un lugar tranquilo y de agradable clima, ideal para veranear, se interesó por conocer pormenores de las dos propiedades: la quinta y la gran estancia que la médica tenía en venta, y le había hecho una oferta de acuerdo con lo que él y Yolanda habían pensado al respecto.

La compañera de Carlos no sólo le daba consejos